

Las revoluciones árabes y los estudios sobre Medio Oriente

*Por Paulo Botta

El mundo árabe, o al menos algunos de los países más importantes, han sufrido en las últimas semanas cambios institucionales que ningún analista supo prever, de la misma manera que sucedió con la caída de la URSS. Los centros de estudios especializados de todo el planeta podían afirmar que el descontento social se percibía en las calles de Túnez o El Cairo, pero ninguno hubiera dicho que a los regímenes de Ben Alí o Mubarak les quedaban semanas de vida.

Cuando se asiente el polvo de estas revueltas, deberá existir un profundo examen de conciencia por parte de los estudiosos en estos temas, tal como el que sugería Martin Kramer (*Ivory towers on sand: the failure of Middle Eastern studies in America*, The Washington Institute for Near East Policy, Washington DC, 2001) hace una década atrás luego de los atentados del 11 de septiembre de 2001. Ahora, de manera omnipresente, quienes se dedican (nos dedicamos) a estos asuntos tratan (tratamos) de iniciar a los ciudadanos interesados en las complejidades de las sociedades en cuestión, cuando en realidad resulta difícil explicar algo que no hemos entendido completamente.

Sin embargo, no creo que debamos hacer leña del árbol caído, sino más bien reconstruir lo sucedido tanto en la "calle árabe" como en los gabinetes de estudio.

El descontento y la pobreza, la corrupción y el inmovilismo no son elementos nuevos en estas sociedades. Décadas de autocracias consentidas por los defensores de la democracia (de un lado y de otro del Atlántico) han ahogado a la sociedad civil, y la idea de que es mejor estar-se callado que exiliado o encarcelado ha calado hondo en toda una generación de esos países.

Los jóvenes, por el contrario, han visto a su alrededor algo nuevo a través de las antenas parabólicas y el enorme desarrollo de Internet

(aunque controlado y monitoreado por los gobiernos). Los emigrados no sólo envían remesas, sino que en sus vacaciones cuentan sus vidas en el exterior y ayudan a conformar una imagen deformada del "occidente". No se habla de libertades políticas, sino de oportunidades económicas y libertades sociales.

Así se fue conformando un caldo de cultivo para la frustración, en el que los problemas de un país alimentaron el descontento de otro (las fallidas revueltas en Irán luego de las elecciones presidenciales de 2005 fueron un ejemplo para los bloggers egipcios, lo sucedido en Túnez llevó al fin de Mubarak y la revuelta de El Cairo al levantamiento de Libia, ello sin contar Yemen, Bahrein y Omán).

Es importante destacar que no hay causalidad, sino una percepción de oportunidad entre lo sucedido en uno y otro Estado. **Lo ocurrido en un país no generó una situación específica en otro, puesto que cada contexto es distinto; pero sí podemos decir que lo que pasó en un territorio actuó como catalizador del descontento existente en otro.**

El mejor ejemplo de esto se vio en las calles de Teherán, donde los manifestantes hacían un juego de palabras y cantaban: "*Tunes* (Túnez) *tunast* (pudo), *ma* (nosotros) *netunestim* (no pudimos)". Es claro que lo sucedido en Túnez sirve de inspiración y no de causa.

Desde los centros de estudio, por otra parte, la situación es compleja. Se ha gastado mucho dinero en la denominada "promoción de la democracia", aunque si conformamos el listado de quienes participaban, veremos que se repetía el mismo puñado de activistas, cuyo impacto social era nulo. Ellos ya estaban convencidos acerca del valor de la democracia, faltaba atraer a los mandatarios.

Algunas universidades además, *WikiLeaks* dixit, aceptaron dinero de gobiernos para "orientar"



Libaneses en las calles piden la salida de Muamar Kadhafi.

esas discusiones y otras recibieron donaciones de los hijos de los líderes por democratizar. Esto, combinado con la necesidad de estabilidad — más que de democracia—, explica mucho del silencio sobre el descontento de esos países y la escasa previsibilidad de las revueltas.

Finalmente, y en esto el ámbito universitario podría ayudar, el objetivo debería ser generar analistas que, como dice Robert Kaplan (*The Arabists: The Romance of an American Elite*, The Free Press, Nueva York, 1993), “tengan un conocimiento suficiente del idioma y de la forma de pensar de ese territorio, de manera tal que estén en condiciones de ponerse en el lugar del decisor de ese Estado y realizar predicciones precisas acerca de lo que va a hacer”.

Entender el mundo, y en este caso Medio Oriente, pasa por desarrollar estudios regionales en las universidades. Caso contrario, seguiremos a tientas. Es como tratar de entender a la Argentina leyendo sólo el *Buenos Aires Herald* y sin acceder a la prensa en español.

Pero eso es sólo el comienzo, luego queda el largo camino de andar por las calles, conocer su forma de ser y, sobre todo, evitar caer en simplificaciones y esquemas foráneos que nos alejan de la realidad.

En definitiva, Medio Oriente es una región en la cual los que la estudiamos casi siempre nos equivocamos, tal vez por eso nos sigue apasionando. •

* Doctorado y Diploma de Estudios Avanzados por la Universidad Complutense de Madrid. Diploma en Lengua Árabe por el Ministerio de Educación Superior de Egipto. Licenciado en Relaciones Internacionales UCC. Coordinador de la Cátedra de Eurasia Central (IRI-UNLP). Analista de FRIDE (Madrid, España) 2007-2010.